

Seminario Teológico de Puerto Rico
Extensión de Alliance University
Programa doctoral en Liderazgo Global
San Juan, Puerto Rico

Viaje Familiar

Requisito parcial del curso de
Formación espiritual – DML 811

Elba L. Rodríguez Vélez

Profesor: Dr. Javier Gómez
Noviembre 30, 2022.

Data familiar

La generación viva de más edad que tengo son mis tíos de parte de mi mamá; partiré de esa generación, luego la mía con una entrevista a mi hermano, mi primo y mis dos sobrinas. Los bisnietos de mi madre son pequeños todavía y yo no tengo nietos. Son cinco entrevistas de tres generaciones.

- Mi única tía viva: Nilba Vélez Coello de Massini, alias Suli.

Nació el 3 de agosto del 1935. No tiene historias relacionadas con su nacimiento porque sólo tenía nueve meses cuando su mamá se fue y los dejó con su papá. Después del divorcio, su papá se casó de nuevo con una mujer más joven que él, Luz María Robles, tendría unos diecisiete años. Ella piensa que convivieron un tiempo y luego se casaron. Su recuerdo de un hogar fue éste con su madrastra y la mamá que se llamaba Úrsula a quien ella le llamaba abuela Lula. Esta abuela crió básicamente a ella y sus cinco hermanos. Su nombre Nilba, es muy común en las Islas Canarias, según supo, porque pensando que se habían equivocado de Nilda a Nilba, hizo sus averiguaciones. Su apodo Suli, cree que viene de la abuela que le decían Sula.

Sus padres fueron Bienvenido Vélez Sepúlveda y Cristina Coello Torres. Por causa del divorcio no se relacionó cuando era pequeña con los abuelos maternos, a quien no conoció. Su madre era una mujer muy linda, bondadosa, generosa, muy trabajadora. Lo que sabe de ella fue contado por sus hermanos y primos. Su padre se hizo responsable de sus hijos. Lo describe como inteligentísimo, matemático, negociante, emprendedor. Invertía su dinero, compró una finca, tenía una tabacalera, un colmado y vivían en una linda casa que todavía se conserva en el pueblo. Cuando su papá murió su madrastra vendió las propiedades casi regaladas. Tiene lindas

memorias de su familia y de cómo disfrutaban del campo y de la compañía de sus hermanos. Describe a su familia como estable. A través de su padre y su madrastra fueron introducidos al evangelio y a la Iglesia Metodista.

Sus pérdidas, que todavía las llora, fueron la muerte de su papá, que representaba esa estabilidad y seguridad en su vida. La muerte de sus dos hermanas y su esposo hace unos años atrás. A su padre le adjudica sus valores y la formación de su carácter. Le debe a su maestra Ms. Robles su amor por la literatura. A tal punto que se convirtió en una lectora voraz. Más tarde, terminó un bachillerato en con especialidad en sociología y luego una maestría en ciencias bibliotecarias. Trabajó treinta años en la UPR como bibliotecaria. Viviendo en San Juan visitó la Iglesia Barbara Ann Roessler y allí fue donde se convirtió. Su deseo y lo que la hace feliz es que sus hijos y nietos que conozcan al Señor.

- Mi hermano Carlos Rafael Rodríguez Vélez, alias Copin.

Copin, tiene sesenta y seis años. Nació en el hospital municipal de Jayuya el 22 de agosto de 1956. Yo soy la cuarta en mi casa, él es el tercero. No conoció a sus abuelos, pero sí recuerda el funeral de la abuela Cristina (materna). Recuerda que a mi mamá este tema le causaba mucho dolor. Vivió en barrio Mameyes de Jayuya en la Hacienda Rodríguez. Luego se mudó durante su niñez tres veces más. Vivió una niñez feliz entre el pueblo y el campo. La muchachería de la calle venía por las tardes a ver televisión, especialmente a Pacheco hasta que llegaba mi papá y todos se dispersaban. Durante esos primeros años siempre hubo lo que se llamada una sirvienta en la casa que nos cuidaban porque nuestros padres trabajaban. Mami era trabajadora social y papi era agricultor.

Se llevaba muy bien con su hermano mayor que le llevaba un año. Dormían juntos en la cama, los vestían iguales, tenían los mismos amigos, y se pasaban en la loma de los Massini jugando casi todo el día y todos los días. Eran flacos, bien ejercitados, corrían muchísimo. No había muchas facilidades deportivas, pero jugaban en la calle y en el monte. El poste al lado de la casa era un ítem de los juegos, libre al palo, doña Ana no está aquí, etc.

El recuerdo de papi que tiene era positivo. Un hombre respetuoso, buen ciudadano, trataba bien a mi mamá, temeroso de Dios. Se considero afortunado por los padres que tuvo. Su madre - ejemplar en todos lados, trabajadora, tomó en serio el trabajo de asistir a las familias.

Odiaba recoger su cuarto y abonar los palos de café. Iba a la escuela porque había que ir. Sus maestros favoritos era Mr. Ríos y Mr. Dávila – que a su vez eran profesores en la universidad, y por lo tanto, desempeñaban su clase como si estuvieran enseñando a estudiantes universitarios. Amaba a sus amigos, de los que se separó un poco en su juventud porque tuvo una experiencia con Dios que cambió sus intereses y sus valores. Durante este tiempo tomó más seriedad, terminó sus estudios universitarios y se preparó como Tool and Die maker. Se casó, tuvo tres hijos. La decisión más difícil que ha tenido que tomar en su vida fue el divorcio. Ahora que mira hacia atrás piensa que pudo haber sido más paciente y no estar tan ocupado en su trabajo. Los turnos en las noches trajeron mucha tirantez en su matrimonio. Después de algunos años fue recuperando su relación con sus hijos de los que se siente muy orgulloso. Tiene una pena muy profunda con su segundo hijo con el que no tiene ninguna comunicación. Le hace feliz levantarse todos los días a ser productivo y tener

algo en agenda, ayudar a alguien. Está retirado, pero no inactivo. Compró junto con su segunda esposa parte de la propiedad que perteneció a nuestros padres.

En la misma generación mi primo,

- Fulgencio Rodríguez González, alias Ciso.

Nació el 11 de diciembre de 1951, en Arecibo. Tiene setenta y un años. Se ha hecho unas cuantas cirugías plásticas. Lleno de vitalidad y de iniciativas. Él es el hijo mayor de mi tío Fulgencio Rodríguez, el hermano mayor de mi papá. Los dos compraron tierras colindantes y trabajaron juntos hasta que la muerte los separó. Mi primo Ciso, es para mí un ejemplo de superación y empresarismo. Cuando mi tío falleció, él asumió el sustento de toda su familia. Para dondequiera que se mudaba, allí le hacía una casa a su mamá y a sus hermanas. Se dedicó a la producción de bananas y su maduración. Fue fundador *de Bananera Bananito Inc., Banana Express Inc. y Rico Banana, Inc.*

Luego de la muerte de mi tío, mi padre, fue como un padre para él. Tengo otros primos que perdieron a su papá también y todos amaban a mi padre como si fuera el suyo. Ahora que se usa la palabra mentor para describir a esos que nos acompañan y nos pasan su sabiduría, pues eso fue mi papá para todos esos sobrinos. Cuando mi padre murió en una cirugía en el Hospital de Veteranos en Miami, su cuerpo llegó varios días después al aeropuerto. Mi madre me pidió que recibiera el cuerpo y que lo escoltara hasta Jayuya. Cuando llegué ya toda esta camada de primos estaban ahí antes que yo. Nunca olvidaré esto. Tenían cada historia del “tío Guelo” como le llamaran.

Ciso ha sido un “*risk taker*” toda la vida. Ha prosperado económicamente y a su vez su generosidad lo describe. Se mudó muchas veces, construyó muchas casas que luego las vendió. Dice que de algunas decisiones se arrepiente, pero ya no hay nada que hacer. Se arrepiente de haber trabajado tanto durante la juventud de sus hijos. Hubiera querido dedicarles tiempo. Mi tío vivió en la finca. Nosotros vivimos en el pueblo y mi papá se levantaba de madrugada a recoger obreros todos los días para llevarlos a recoger café. Así que, mi papá iba todos días a la Finca Los Montes como se llamaba. Para nosotros ir a allá era como irnos de crucero. Adorábamos irnos a recoger fresas, al río y caminar por la finca. Mis hermanos tienen muchas historias de esos tiempos y de las maldades que hacían. Nuestra Tití como le decíamos de apodo, hacía un arroz con habichuela con huevos fritos de las gallinas del patio con guineos montaditos encima de los huevos, que yo devoraba. No sé por qué razón, me encantaba la comida de los otros. En casa, casi ni comía. Mi mamá sufría por eso, yo era extremadamente delgada.

Volviendo a mi primo Ciso, cada vez que nos reunimos con él es como abrir un libro de cuentos. Cada historia, cada chiste, cada travesura nos evoca memorias corriendo por aquellos montes, los paisajes y los olores a campo. Amo y admiro a mi primo Ciso.

Le siguen sobrinas, tercera generación:

- Laura Soto Rodríguez

Nació el 31 de agosto de 1979, en Arecibo, Puerto Rico, tiene cuarenta y tres años. Ella es la mayor de todos los sobrinos. Es la primogénita de mi hermana mayor.

Tiene hermosos recuerdos de sus abuelos maternos, especialmente de su abuela.

Cocinaban juntas, inventaban cosas, hacían pan, bizcochos. Pelaban gallinas y conejos y aprendieron las partes del cuerpo de los animales con la abuela. Y del abuelo, todo relacionado al café. Recuerda sentarse en la escalera a hablar con él.

Laura es hija de pastor así que sufrió todas las mudanzas y cambios de escuela y amistades que trae el ministerio. Con ocho meses, se mudaron a San Rafael, Mendoza, Argentina. Ese es el primer recuerdo de un hogar. A diferencia de sus hijos, que tienen mucha abundancia, ella recuerda sus muñecas que la acompañaban para todas partes. Tiene dos hermanas y se llevan unos cuantos años entre ellas. Tienen una buena relación, aunque son muy diferentes la una de la otra. Describe a sus padres como estrictos, pero a la misma vez liberales, pero de valores morales firmes.

Se considera tímida, eso es algo que podría mejorar. Parece antipática y antisocial, pero en realidad es timidez. Aun así, le gustaba participar de todas las actividades escolares y de la iglesia. Su asignatura preferida eran las ciencias y estudió una maestría en Tecnología Médica. Ha mantenido sus amistades de escuela superior. Le cuesta hacer nuevas amistades. Su pareja la conoció en High School. Lo describe como amoroso, protector, bondadoso, servicial y formal. Los nombres de sus hijos son, Ariel Ignacio Colón Soto; nació en junio 23 del 2012, en San Juan, Puerto Rico. Y su hija es Isabel Andrea Colón Soto; nació el 19 de diciembre de 2014 en San Juan, Puerto Rico. Escogió sus nombres porque les gustaban. Sus hijos son típicos de una clase social acomodada. Tienen de todo y demasiado.

Si pudiera cambiar algo de la manera en que crió a sus hijos es la impaciencia y gritarles mucho. Lo más gratificante de la maternidad son sus hijos; que son felices,

que sacan buenas notas, que están saludable, que están vivos después de todo. Mientras sus niños eran pequeños le tocó atravesar María y la pandemia. Tiempo intenso por demás. Su pareja es médico, así que muchas de estas dificultades las ha vivido sin su apoyo.

- Izamar Rodríguez Corretjer

Hija de mi hermano Carlos Rafael Rodríguez. Y ella es su hija mayor.

Nació el 24 de noviembre del 1982. Cumplió cuarenta años. Tuvo la dicha de disfrutar de ambos lados de sus abuelos maternos. Tiene recuerdos inolvidables de sus abuelos. Se los llevaban para el rancho donde estaba la crianza de conejos. Recuerda que fumaba y una vez que andaba con su hermano Gabriel, él le tumbó el cigarrillo con un palito y le dijo que fumar no era bueno para él. Y el abuelo se enojó (mi papá tenía la mecha corta), pero después se echó a reír. Era cómico, siempre se sentaban todos a la mesa a comer. La abuela era la chef, siempre les hacía los mejores desayunos. Aunque tuviera la casa llena de muchachos, ella siempre hacía buñuelos por la mañana, o pancakes. Ella les daba clases de cocina y aprendieron un poco de anatomía animal. Con ella aprendieron a matar gallinas y conejos. Ella les enseñaba con nombre y apellidos, todos los órganos de estos animales. Era fascinante, dice. Tal vez, por eso estudió enfermería. Aprendió a hacer brazo gitano. La abuela los llevaba de paseo, a los ríos; aprendió a nadar con ella. Los montaba todos en la Chevrolet blanca en la parte de atrás y andaban la Seca y la Meca todos juntos en los veranos. Recogían café. Recuerda que varias veces los mandaba con una paila de pintura y les decía que hasta que no llenaran la paila no podían regresar a comer. Así que, lo

llenaban con todo tipo de grano. También la recuerda al final de su vida, antes de su muerte. Esa es la abuela que más disfrutó.

Describe a su madre, Sandra, como una persona terca, creativa, le encanta estudiar, aprender todos los días, le encanta leer, le gusta conversar, es amorosa, tiene muchos amigos, cocina muy rico y le encanta ayudar a las personas. Su papá lo describe como terco, con carácter fuerte, pero ahora ha cambiado mucho, escucha y puede transar. Él es también el mejor abuelo, sus hijos lo adoran, es bien fajón, trabajador, no se está quieto. Siempre tiene algún proyecto, un invento. Está retirado y jubilado, pero siempre bregando. Le encanta bregar con la tierra, sembrar, edificar y tener la casa llena de amigos y familiares. Es muy dado a la gente, muy querido y creyente. Es cariñoso, aunque no lo demuestre mucho. Ahora está disfrutando a su papá porque él tiene más tiempo libre y está más relajado.

En su niñez y juventud la vida de iglesia era parte de su vida familiar. Su casa siempre estaba llena de gente y en compinche con terceros solían salir a divertirse. Durante sus años escolares una maestra de inglés la cautivo e influenció de tal manera que estudió un bachillerato en educación en inglés. También terminó otro bachillerato en enfermería, pero durante la pandemia renunció a este trabajo. Ahora trabaja con su esposo en su negocio privado que surgió en medio de la pandemia. Él es estilista. Tienen dos hijos Andrés Gabriel y Ainhoa.

La experiencia más difícil que ha vivido fue cuando su esposo le fue infiel. Andrés era bebé. Estuvieron separados varios meses. Sin embargo, fue un tiempo donde se encontró a mí misma. Y a pesar de lo duro le encontró sentido a la vida. Dice que lo que son ahora, se lo deben a lo que aprendieron de esa situación.

Le hace feliz ver a la gente feliz, ver a su esposo feliz, ver a mis hijos felices. Sentir que están alcanzando sus metas, que tienen un propósito. Poder estar ahí para otros, poder ayudar a los demás, poder escuchar a las personas que llegan a su vida, para poder aportar un granito de arena, poder ayudar, poder aconsejar, poder dejar una huella.

Reflexión

Alguien dijo que la familia es como un compás marcando la dirección de tu vida. Aunque este pensamiento es certero, siempre hay sus excepciones. Recuerdo leer un libro de James Dobson, basado en un estudio de miles de familias, donde evidenciaba que no hay garantías de que un hijo que tenga todas las condiciones positivas escoja edificar una vida sana, productiva y de acuerdo con los valores familiares, y viceversa. Hay muchas variables. No hay garantías. No todos respondemos de la misma manera. No todos tenemos el mismo equipaje biológico.

En el transcurso de este programa me ido dando cuenta de algunas cosas. Tengo que decir, que tengo mucha gratitud a Dios por las oportunidades. Por Su gracia que nos permite cambiar la dirección de ese compás determinista de nuestra herencia familiar para ser pioneros de nuevos rumbos.

Comienzo este viaje familiar estableciendo que no conocí a mis abuelos. No tuve esa experiencia tan enriquecedora de disfrutar de esos mayores que ya no viven con prisa, que están llenos de experiencias que les hacen vivir en otro ritmo para apreciar lo simple de la vida. Mis padres, tampoco los tengo. Mi padre, Miguel A. Rodríguez, murió en el 1990 durante una cirugía cuando yo tenía treinta años. Murió el día de su

aniversario de boda con mi madre. Ella se llamaba, Elba Inés Vélez Coello; fallecida en el 2013. Me da mucha pena que mis hijos no pudieran conocer al abuelo Guelo.

De la familia de mi padre no tengo ningún tío, ni tía. Mi padre era el benjamín de su casa. Tenía dos hermanas y dos hermanos. Tengo unos quince primos de parte de mi padre. Todos bastante mayores que mis hermanos y yo. Casi no me relaciono con ellos, solamente a quien veo de vez en cuando, es mi primo Ciso, el hijo mayor de mi tío Fulgencio. Los hermanos de mi padre murieron primero, y para esos primos, mi papá era como su padre. Lo amaban y respetaban. Los hermanos de mi padre eran cultivadores de café. Lo aprendieron de su padre que vino de España con su tío y se compraron tierras donde cultivaron café en el barrio mameyes de Jayuya. Las hermanas, al casarse, tenían comercios con sus maridos.

Mi madre tuvo, dos hermanas y tres hermanos. Sus padres se divorciaron cuando ella tenía como cuatro o cinco años. Su mamá se fue cuando supo que su esposo tenía otros intereses. Para darle por la cabeza, como pueblerinamente se dice, le dejó los seis hijos a la nueva esposa. Esto marcó a los hijos mayores, incluyendo a mi mamá. De esos, tres han fallecido. A mis primos de parte de mis tíos, casi no los veo. De esta parte de la familia somos unos dieciséis primos. Las hermanas, cuando vivían, se mantenían más en comunicación. Cuando éramos chicos, pasábamos los veranos juntos. Yo no podía esperar a que llegara el verano para salir con mis tías y los primos. Todos los hermanos y hermanas de mi mamá se mudaron al área metropolitana. Sólo ella estaba en Jayuya.

Yo tengo una hermana, ella es la mayor de todos y fue como mi mamá cuando era pequeña y dos hermanos mayores que yo. Tenemos una linda relación. Tenía un

hermano en adopción, que falleció este año de una sobredosis. Él tenía una esposa, que abandonó por muchos años, pero nunca le quiso dar el divorcio. Ella levantó a tres hijos prácticamente sola porque él pasó la mayor parte de su vida entre la cárcel, centros de rehabilitación y en la calle. A excepción de mi hermano mayor, todos tenemos tres hijos. La muerte de mi madre nos unió más, pues estuvimos tomando cuidado de ella entre los cuatro. Amo a mis hermanos y a mi hermana mayor; es una de mis mejores amigas.

En general, es una pena que somos muy despegados. No somos del tipo de familia que se llama todo el tiempo. Hablo de la familia extendida, de mis tíos, sobrinos y primos también. Hay primos que, si los veo ahora, no los reconocería. Las mujeres que se casaron con mis tíos no propiciaron oportunidades para encontrarnos. Cada una echó para el lado de su propia familia. Lo pienso ahora, y me veo replicada en sus actitudes. Tengo una sola cuñada y dos sobrinos para parte de Décio. Tengo que admitir que no busco a mis sobrinos, ni persigo cultivar una relación con mi cuñada. Su carácter me estresa.

Mis dos hermanos se divorciaron. La esposa de mi hermano Copin (apodo), era una de mis mejores amigas desde pequeñas. Estudiamos juntas e íbamos a la misma iglesia. Ella me hablaba muy mal de mi hermano y yo me lo creía todo, sin embargo, mi hermano nunca decía nada de ella, ni de su situación. Cuando se divorciaron, creo que ella estaba un poco desajustada emocionalmente y me retiré de su vida. Han pasado muchos años y no la he vuelto a ver. Ni hablamos. Relacionarme con mis sobrinos, además de que yo vivía fuera del país la mayor parte del tiempo, se me hizo muy difícil porque no sabía cuál era su percepción de toda la situación y no sabía si debía

preguntarles, o cómo acercarme a ellos. Sus hijos por un tiempo estuvieron rebeldes con su papá. Dos de ellos se han reconciliado, uno de ellos, se alió con su mamá y no quiere saber de su papá. Se creó una situación muy incómoda. Mi sobrina Izamar, a quien entrevisté, es hija de este hermano. Ella es la más estable y quien mejor superó toda la situación. Se relaciona muy bien con su papá y con todos nosotros. Sus hijos adoran a su abuelo.

Mi hermano Anyel (apodo), también se divorció. Su relación no terminó bien. Así que tampoco me atrevía a relacionarme con mi excuñada para que no me hablara mal de mi hermano o para que me pidiera información o me pidiera mi opinión. Ella también influenciaba a sus hijos, aunque estos, amaron más a su papá y les encantaba pasar tiempo en el campo con él, especialmente su hija. Con estos sobrinos casi no me relaciono. Ellos no son muy afectivos. Tampoco hablan mucho. Ambos se fueron a vivir con sus parejas y no han formalizado sus relaciones.

Aprendí a obedecer, respetar y honrar a mis padres, más por el temor al castigo que por otra cosa. Aunque valoro sus caracteres. Ambos, personas sólidas, íntegros, honestos, patriotas, involucrados en la sociedad, buenos administradores de sus bienes, modelos de justicia y amadores de la tierra. Mi padre, descendiente de español, era un poco iracundo. Mi madre, muy comedida. Hacían una buena pareja. En una época fueron muy fiesteros. Eran miembros del Club de Leones. Eso era muy importante para ellos, especialmente para mi padre que pasaba todas las noches en el Club con sus amigos jugando domino. Me parece que una vez mi mamá, tuvo la experiencia del “corazón ardiente” de John Wesley y Dios le quitó su tristeza; sus intereses cambiaron. Mi madre se tornó más a las actividades de la iglesia. Y el Club

de Leones, poco a poco se fue extinguendo. Así que, ya no compartían una vida social juntos. Pasados los años, recuerdo una vez, regresando de uno de mis viajes, ya ambos se habían retirado, me sorprendió que tenían una vida en común. Estaban en la finca en las mañanas, comían, jugaban juegos de mesa, salían, hacían compras juntos, mi papá se había tornado hacia Dios, así que iban a la iglesia juntos.

Cuando entrevisté a mis sobrinas, me di cuenta de que los abuelos que ellas disfrutaron, no fue los padres que yo tuve. Tuve una camada de sobrinos (unos 4) que eran casi de la misma edad. Ellos se quedaban los veranos en el campo con mis papás. Los recuerdos más hermosos que tienen de su niñez son de esos tiempos con ellos. Me contaban que se iban para la finca a coger café con ellos. Que aprendieron el proceso del café con mi papá. Mis sobrinas hablaban de que mi mamá les enseñaba a hacer postres, que iban al río y que ellas los montaba en la parte de atrás de una pickup que tenían; que iban para todos lados con ellos. Recuerdan las “clases” de anatomía que mi mamá les daba cuando mataban y abrían las gallinas y los conejos. Y de sentarse a ver el Chavo y el Chapulín con mi papá. Esto me hizo extrañar esa etapa hueca en mi vida; la de los abuelos.

Mi hermano Copin, me hizo ver otro aspecto desconocido para mí de mi mamá. Ella era trabajadora social. Me cuenta que, en los veranos, ella le pedía que la acompañara a visitar algunos casos en el campo. Dice que caminaban a hogares campo adentro, cruzando pelos de alambre hasta llegar a familias que vivían en extrema pobreza. Un caso que le llamó mucho la atención fue un hogar que visitaron. La casa de cemento, pero con piso de tierra. Tenían a un hijo con retardación mental encerrado en una casita de madera, como a un perro. Él hablaba de cómo mi mamá

ayudó a muchas familias y cómo era querida por muchos. Ella también fue maestra de escuela primaria en los campos. Me dijo que se encontró con una señora recientemente, que le dijo que ella fue su maestra favorita, que la recordaba con mucho cariño.

Ciertamente, todos tenemos nuestros “seasons” en la vida. Imagino que cuando nació mi mamá no estaba en una buena “estación de su alma”. Una vez escuché, no sé si en broma o en verdad, que yo fui concebida porque a mi papá se le rompió el condón. Para añadir a esto, no había por ningún lado fotos de mi niñez. Así que, esto a veces, me entristecía. El hermano que va antes que yo me lleva cuatro años. Él y mi hermano mayor eran compinches, pues se llevaban un año de diferencia. Ellos siempre estaban juntos y mi hermana que era la mayor, me llevaba siete años de diferencia. Por esa razón, desde pequeña, yo era muy independiente y andariega. Siempre estaba por el vecindario. Cambiaba bastante de amistades, todo dependía sus juguetes y de mis intereses. En cierta medida, esto me formó para vivir la vida que he vivido desde los veintidós; viviendo en el extranjero, viajando, conociendo mucha gente, adaptable, flexible, desconectada emocionalmente de muchas cosas que otros valoran importante.

Al entrevistar a mi tía Suli, me di cuenta de que ella vivió una niñez muy diferente a la de mi mamá. No sabía que su mamá la había dejado cuando tenía nueve meses. ¿¿Qué madre abandona a un bebé!? Obviamente, una que estaba emocionalmente inestable. Haciendo el genoma familiar y buscando algunos documentos, encontré que mi abuela se casó a los diecinueve años. Necesitó un documento de consentimiento de sus padres para que se casara. Se casó en le 1925 y para el 1935, tenía ya seis hijos. No puedo juzgarla, pero imagino que debe haber

llegado a un punto donde no pudo lidiar ni con el día a día. Mi madre tendría unos cuatro años. El hecho que su madre se fuera, no les dejaran verla y no saber la razón por la que se fue, la marcó para toda la vida. Esa tristeza también marcó sus afectos para nosotros cuando éramos niños. Mi tía Suli era a penas una bebé, así que la madre que conoció fue su madrastra y ella sentía que su hogar era muy estable, la manera en que mi tía se ha relacionado con sus hijos y con nosotros ha sido una llena de cariños y amor. Por otro lado, nosotros, reservados, amorosos pero distantes.

Implicaciones para mi vida

He reflexionado bastante sobre las cosas que han contribuido a formar quien soy. A veces, lucho mucho con la culpa. Hubiera querido ser más afectiva y menos densa con mis hijos y amigos. Sin embargo, me doy cuenta de que no todo está perdido. Esto implica, que luego de reflexionar, es tiempo de tener unas buenas conversaciones sanadoras.

En ocasiones, he pensado si la decisión de mi hija de tener atracción por su mismo sexo tiene que ver con mis bregas personales. Cuando quedé embarazada de ella, yo no estaba en una buena etapa de mi vida; como lo estuvieron mi abuela y mi madre. Dicen que uno transmite esas “vibras” al bebé. Por muchos años, tuvimos una relación OK, pero allá en lo profundo las dos teníamos algún tipo de animosidad contra la otra. Cuando comenzó su adolescencia, me di cuenta y hablé con mi esposo. Entonces, puse todo mi empeño en trabajar a favor de nuestra relación. Ahora que somos adultas y a raíz de su estilo de vida, ella ha estado visitando a una terapeuta de manera consecuente. Ella, especialmente, ha traído temas que tienen que ver con el

apego y asuntos relacionados con la crianza. ¡Cuánto yo hubiera querido tener estas conversaciones con mi madre! En varias ocasiones intenté abrir mi corazón sobre temas, pero ella no estaba a ese nivel, así que, las conversaciones no tomaron un giro acertado, por el contrario, me cargó de culpa. Su generación no es vulnerable, se les hace muy difícil mirar allá adentro.

Al conversar con mi tía, me preguntaba, cómo ella se sintió cuando su mamá la abandonó cuando era un bebé, pero no quería traer tristeza a su corazón, sin embargo, me pregunto si ella lo enterró porque, por la gracia de Dios, tuvo una abuela postiza que cubrió ese vacío. Sin embargo, el dolor de haber perdido a su padre todavía le duele y me hace pensar que, de alguna manera, esa muerte activó ese sentido de abandono.

Al escuchar a mis sobrinas, que son madres las dos, me doy cuenta de que ellas también recibieron un poco de ese despego. Mi hermana sufrió mucho por la tristeza y la ausencia emocional de mi madre. Ella también tuvo su fase difícil con su hija mayor. Ahora que son adultas, han podido conversar sobre esos asuntos, pero veo en el carácter de mi sobrina Laura también, esa frialdad emocional. Mi otra sobrina Izamar, bueno a ella le fue peor porque sus padres se divorciaron. Por otro lado, le compensó que su mamá es una persona muy amorosa y cariñosa.

El genoma familiar y las entrevistas han sido una fuente para practicar la Regla 360 – de Saunders, mirar hacia atrás para seguir hacia adelante. ¿Por qué me comporto así? Ha sido una buena pregunta para entender cómo ha sido la trayectoria de mi vida y cómo he construido o no nutrido relaciones. Una vez más, me regocijo en el hecho de que no somos una obra de arte terminada, pero en construcción. Saberme

conocida y amada por Dios me da mucha esperanza. Cada día es una nueva oportunidad, una nueva ocasión para hacer enmiendas, pedir perdón y ser libre para celebrar a Dios. Estoy en un ritmo de vida diferente que me permite pausar para reflexionar, escribir y bailar. La vida es como una danza, no es estática, damos giros, nos movemos para atrás y para adelante, cambiamos de compás, de ritmo, de folklor... ¡hay que aprender a bailar! Ahora estoy como en un bolero, despacito, disfrutando a mi esposo, con mi cabeza en el pecho de Jesús, escuchado su corazón y dejándome llevar. En estos momentos, es necesario unas cuantas cosas:

- Quiero escribirle una carta a mi mamá, pedirle perdón y perdonarla.
- Quiero hacer un inventario de la exuberante gracia a amor de Dios para mi vida.
- Tengo que hablar con mis hijos individualmente sobre mis hallazgos familiares y ver cómo esto les impacta. Oro a Dios que provoque buenas conversaciones.
- Me acercaré más a mis sobrino-as.